



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 21 No. 4 Monográfico

Diciembre de 2018

RACISMO E INMUNIDAD, EL RETORNO FUNDAMENTALISTA

José Antonio Mejía Coria¹
Facultad de Estudios Superiores Iztacala
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

En el presente texto se realiza un breve recorrido por las nociones de racismo e inmunidad, planteados como categorías de análisis a partir de la problematización del gobierno de las poblaciones y el establecimiento de regímenes de gobierno desde la biopolítica. Se hace uso del término "inmunidad" que el filósofo italiano Roberto Esposito trabaja para ampliar el análisis biopolítico de dominio de los cuerpos, asimismo se realiza un acercamiento a la propuesta del dispositivo de la persona, pensado como eje fundamental del establecimiento de los procesos de subjetivación de los Estados actuales, basados en la inmunidad y racismo, incrustados como dos de los pilares de las formas de relación que se establecen en las sociedades de control actuales.

Palabras clave: racismo, inmunidad, dispositivo de la persona, biopolítica, biopoder

RACISM AND IMMUNITY, THE FUNDAMENTALIST RETURN

ABSTRACT

In the present text, a brief review is made of the notions of racism and immunity, proposed as categories of analysis based on the problematization of the government of populations and the establishment of government regimes based on biopolitics. It makes use of the term "immunity" that the Italian philosopher Roberto Esposito works to broaden the biopolitical analysis of the domain of the bodies, as well as an approach to the proposal of the person's device, thought as a

¹ Profesor de la carrera de Psicología, FES-Iztacala UNAM. Adscrito al área de Psicología Social Teórica. Correo electrónico: agalma13@gmail.com

fundamental axis of the establishment of the processes of Subjectivation of current states, based on immunity and racism, embedded as two of the pillars of the forms of relationship established in current control societies.

Keywords: racism, immunity, person's device, biopolitics, biopower

“El animal arrebató el látigo al amo y se azota a sí mismo para ser a su vez amo, sin saber que todo es una fantasía engendrada por un nuevo nudo en el látigo del amo” (FRANZ KAFKA).

Racismo e inmunidad

El presente texto tiene como fundamento de discusión el problema de la inmunidad y el racismo, a partir de la figura del dispositivo de la persona. Lo anterior permitirá hacer una breve aproximación al campo de la biopolítica, en específico con una de sus derivas terminológicas: la necropolítica. El recorrido es netamente conceptual.

El momento actual es el espacio del retorno de los grandes fascismos, disfrazados de morales del cuidado y potencialización de la vida, de la “buena vida”, no se trata de un “cuidado de sí”, es despliegue puro e inerte de un cuidado radical de “la vida” “la buena vida”. Microfascismos que maximizan los imperativos destinados a eliminar la distorsión: lo alter, lo anormal, “el mal”, categorías dispuestas como ejes de acción sobre los que recaerá el ejercicio de los dispositivos de gobierno de los cuerpos. Actualizados los grandes ejercicios de desaparición de poblaciones, ideas, saberes, la agresividad puesta en juego como discurso del “derecho humano” resulta ejemplar en este sentido, la moral del occidente tardío ejecutada a través de los derechos humanos, que, desde la propuesta de este texto, no es más que un ejercicio de acomodo racial.

Racismo es la clave actual, y una de las más importantes, mediante la cual las agrupaciones (instituciones educativas y de salud, asociaciones civiles, partidos

políticos, empresas transnacionales, etc.) organizan sus “objetivos” de gestión. Racismo, es uno de los telones de fondo sobre los cuales se asientan los dispositivos de circulación de los valores económicos que dan fortaleza al neoliberalismo, sin el racismo, este eje económico se quedaría sin uno de sus principales bastiones. Bastión que organiza las formas de cuadrícula del territorio mundial actual. La mundialización de la aniquilación de las minorías tiene como superficie de desplazamiento el campo organizado entre inmunidad y racismo, al respecto, - nos referirá Foucault (2008, p. 206):

En primer lugar, es el modo en que, en el ámbito de la vida que el poder tomó bajo su gestión, se introduce una separación, la que se da entre lo que debe vivir y lo que debe morir. A partir del continuum biológico de la especie humana, la aparición de las razas, la distinción entre razas, la jerarquía de las razas, la calificación de unas razas como buenas y otras como inferiores, será un modo de fragmentar el campo de lo biológico que el poder tomó a su cargo, será una manera de producir un desequilibrio entre los grupos que constituyen la población. En breve: el racismo es un modo de establecer una cesura en un ámbito que se presenta como un ámbito biológico. Es esto, a grandes rasgos, lo que permitirá al poder tratar a una población como una mezcla de razas o -más exactamente subdividir la especie en subgrupos que, en rigor, forman las razas. Son éstas las primeras funciones del racismo: fragmentar (desequilibrar), introducir cesuras en ese continuum biológico que el biopoder inviste.

Las disciplinas del campo de la biología tendrán un papel fundamental en la organización y gestión del campo de los vivientes, la decisión sobre quién vivirá y quién morirá, estarán planteadas a partir de este movimiento, precedido por el surgimiento de la sociedad industrializada, es en función de los avances en el campo de la tecnología biológica vía la cual se re-crearán los dispositivos heredados del poder soberano de los siglos XVII y XVIII y será a partir de esto que con el racismo se introduce la posibilidad de extensión política de la biología. Es decir, con el racismo las dimensiones jurídicas y biológicas pertenecientes al campo de la vida quedan concatenadas como posibilidad de un ejercicio político que decidirá los límites de la misma, para así poder tomarla a su cargo de manera “totalizado-

ra”, el problema de lo político ahora es biológico, dirigido a establecer las fronteras entre la vida-la no vida, la raza-la mala raza, apuntalados en el imperativo bélico del hacer morir:

La segunda función del racismo es la de permitir establecer una relación positiva del tipo: "Cuanto más mate, hagas morir, dejes morir, tanto más, por eso mismo, vivirás". Diría que el que inventó esta relación ("si quieres vivir debes hacer morir, debes matar") no fue ni el racismo ni el Estado moderno. Es la misma relación guerrera que dice "Para vivir debes masacrar a tus enemigos". Pero el racismo hará funcionar esta relación de tipo bélico: "Si quieres vivir el otro debe morir" de un modo nuevo y compatible con el ejercicio del biopoder. El racismo, en efecto, permitirá establecer una relación entre mi vida y la muerte del otro que no es de tipo guerrero, sino de tipo biológico (Foucault, *Ibídem*).

El punto de enlace entre biología y política está dado por el hecho de la guerra, pero no de cualquier guerra, se trata de la guerra de razas, sin embargo el asunto no se reduce a la cuestión guerrera clásica, acá la lucha será netamente biológica, guerra biológica que asegurará mantener el estatuto de las jerarquías de razas vigente. De esta manera el otro es peligroso para mí no únicamente porque me pueda aniquilar, representa un riesgo de contagio, la sangre corre peligro, habrá entonces que evitar mezclar la sangre, base de la fortaleza inmune, base de la fortaleza vital a la cual habrá que proteger vía la aniquilación del otro, lo anterior se plantea como una de las consignas que pondrán en marcha la maquinaria mundial de producción de muertes en "pro" del cuidado "absoluto" de las vidas:

"ya no nada más desde una dimensión guerrera, en la que podríamos disputar a partir del armado de bandos de combate, ahora es peligroso desde su misma condición de viviente, la muerte del otro desde la función del racismo es necesaria para dotar a mi vida de menor riesgo de finitud, o al menos es el imperativo inherente a este estado de las cosas que parte del fundamento de las razas como problema político" (Foucault, *Ibídem*).

La posibilidad biológica de contagio me exige entonces a partir del imperativo del racismo aniquilar todo aquello que altere mi condición de seguridad vital, menor

riesgo de finitud se establecerá como proporcional al hecho de matar: entre más mates, más seguro estarás:

Esto permitirá decir: "Cuanto más las especies inferiores tiendan a desaparecer, cuantos más individuos anormales sean eliminados, menos degenerados habrá en la especie, y más yo -como individuo, como especie- viviré, seré fuerte y vigoroso y podré proliferar". La muerte del otro -en la medida en que representa mi seguridad personal- no coincide simplemente con mi vida. La muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o del inferior) es lo que hará la vida más sana y más pura (Foucault, *Ibíd.*).

La eliminación se promueve como espejismo de depuración de lo degenerado, espejismo efectivo dado que en él reposa la ilusión de la vida segura. La vida segura es promovida desde una profilaxis profunda, una asepsia que no deje residuos que puedan degenerar, que puedan hacer que "el mal regrese", que la noche se vuelque una vez más sobre la "añorada pureza":

No se trata entonces ni de una relación militar o guerrera, ni de una relación política, sino de una relación biológica. Este mecanismo podrá funcionar justamente porque los enemigos que se quiere suprimir no son los adversarios, en el sentido político del término, sino que son los peligros, externos o internos, en relación con la población y para la población. En otras palabras: el imperativo de muerte, en el sistema del biopoder es admisible sólo si se tiende a la victoria no sobre adversarios políticos, sino a la eliminación del peligro biológico y al reforzamiento, directamente ligado con esta eliminación de la especie misma o de la raza (Foucault, *Ibíd.*, pp. 206-207).

Esta relación, como hemos insistido líneas atrás, será de carácter netamente biológico, pero no cualquier biología será la que haga presencia a partir del registro del racismo, será una biología asentada en el biopoder. La batalla a partir de esto, como hemos referido, es la batalla de las razas, la batalla que anuncia que los campos de inmunidad serán territorios necesarios para poder eliminar la degeneración que implica lo considerado como peligro biológico. El manejo de los planos de la raza y la especie serán puestos como prioridad dentro de los modelos políticos que circularán en el Estado post revolución industrial

La raza, el racismo, son -en una sociedad de normalización- la condición de la aceptación del homicidio. Donde haya una sociedad de normalización, donde haya un poder que en primera instancia y en primera línea, al menos en toda su superficie, sea un biopoder, el racismo resulta indispensable para poder condenar a alguien a muerte, para hacer morir a alguien. Desde el momento en que el Estado funciona sobre la base del biopoder, la función homicida del Estado mismo sólo puede ser asegurada por el racismo (Foucault, *Ibíd.*, 207).

El racismo como fundamento de la aniquilación otorga elementos clave para pensar el territorio de la inmunidad que organiza el registro biopolítico del gobierno de los cuerpos. Desde el campo del rechazo de lo que constituye comunidad, se establece precisamente la necesidad imperiosa de la inmunidad, respecto a esto, nos apoyamos en Esposito, quien refiere:

Del mismo modo en que, desde un principio de visión especularmente inverso, la comunidad parece estar hoy inmunizada, atraída y engullida por completo en la forma de su opuesto. En última instancia, la inmunidad es el límite interno que corta la comunidad replegándola sobre sí en una forma que resulta a la vez constitutiva y destitutiva: que la constituye –o reconstituye- precisamente al destituirla (Esposito, 2005, p. 18).

Inmunidad, espacio de delimitación, de desdoble intrínseco entre aquellos elementos que tienen que ser conservados y aquellos que tienen que ser desechados para constituir un espacio de “protección” del viviente, ya sea desde una lógica netamente biológica o aquella perteneciente a la lógica política de protección de algunos agentes políticos, al respecto nos refiere Roberto Esposito:

“¿Qué significa esta categoría? Todos sabemos que, en lenguaje biomédico, se entiende por inmunidad una forma de exención, de protección, frente a una enfermedad infecciosa, mientras que en el léxico político representa una suerte de salvaguardia, que coloca a alguien en situación de ser intocable por la ley común. En ambos casos, la inmunización se refiere a una situación particular que coloca a alguien a salvo de riesgos a los que, en cambio, sí está sometida toda la comunidad” (Esposito, 2009, p. 111).

Ser intocable por la ley que rige al “común”, ser inmune a determinado agente biológico peligroso, son dos características que desde la inmunidad nos permiten pensar la condición de límite que inaugura dicho elemento, límite entre la vida y la muerte, límite entre la higiene y la suciedad, límite entre la ley y el “fuera de la ley”. Se puede estar “fuera de la ley” vía la inmunidad. El permiso para matar está dado por la inmunidad, pensemos en un Estado haciendo pedazos a otro vía el discurso inmunitario que subyace, por ejemplo, a los despliegues de las guerras globales denominadas “humanitarias” (que quizá, para su mejor entendimiento –en función de las masacres que organizan- deberían denominarse *guerras inmunitarias*). Sin embargo, extendamos la idea: el intocable no sólo es el inmune, sino también aquel que está fuera “radicalmente” del campo de la inmunidad, pensemos en el inmigrante, él también está fuera de la ley, pero carece del registro de inmunidad - del cual gozan los políticos de camarilla, o los empresarios que administran el flujo y distribución de capital-, en todo caso, el inmigrante no puede ser tocado pero puede hacersele morir sin apelar a ningún estatuto legal, si no está inmunizado es transparente, además de que no existe si no es a condición de ser sacrificable. El campo de inmunidad visibiliza lo intolerable, y lo diluye. El despliegue del racismo como forma de vida de las sociedades biopolíticas tiene un trasfondo, núcleo duro, asentado el problema de la inmunidad.

Como ya Freud lo había referido en relación a lo ominoso (Cfr. Freud, 2006), ese elemento extraño en tanto más familiar, el espacio al que va a ir dirigido el despliegue inmunitario es el límite en el que se acorrala al “enemigo interno”: ese espacio ominoso del cual se quiere “saber” para destituirlo. Lo ominoso da cuenta del retorno de lo reprimido, así como el inmigrante da cuenta del retorno de lo rechazado. Desde un despliegue netamente biopolítico, a eso que retorna se tiende a desaparecerlo. Insistimos, el racismo tendría sus raíces más próximas en la lógica inmunitaria. El rechazo de lo familiar que retorna como radicalmente extraño organizan el despliegue inmunitario.

Límite interno entre la vida y la muerte “atraída y engullida en la forma de su opuesto” el veneno regula, forma, establece la manera de curar intoxicando, o de intoxicar pretendiendo curar, a fin de cuentas es un movimiento autodestructivo:

Que a partir del siglo XVIII –como sostiene Niklas Luhmann- la semántica de la inmunidad se haya extendido progresivamente a todos los sectores de la sociedad moderna significa que ya no es el mecanismo inmunitario función del derecho, sino el derecho función del mecanismo inmunitario. Este pasaje decisivo constituye en realidad el punto de precipitación de un recorrido aporético, de un modo muy distinto, que tiene su origen en la relación estructural entre ley y violencia (Esposito, 2005, p. 19-20).

Es a partir de esto que es importante pensar que inmunidad y racismo son ejes sobre los que circula, a partir de la instauración de una división al interior del campo de la vida, el orden de la violencia que fungirá como instaurador del campo de la ley sobre la cual se asienta el Estado. Es en función de un problema de orden bélico que podemos visibilizar la organización de lo que denominamos “inmunidad necropolítica”, sin embargo, vayamos al comentario que realiza Tomás Abraham, en el prólogo de la edición de La Piqueta para Genealogía del racismo (texto que después aparecerá como “defender la sociedad”), Abraham (2008) nos dice:

El racismo es la metafísica de la muerte del siglo XX. Foucault no habla del “Otro”, ni de alteridad, el diferente, ni emplea ninguna de las figuras de las morales de la tolerancia o de la hermenéutica de la comprensión. Sabe que estas son otras figuras del poder. Su proyecto es genealógico, reconstruye la memoria de las luchas, postergada sobre la sonrisa de los triunfadores (p. 10).

Esta metafísica de la muerte, asentada en el recorrido del campo de la guerra que realiza Foucault, da pie a pensar que justo es a partir del análisis de la práctica bélica que podemos aproximarnos al eje constitutivo del hacer vivir, del hacer morir, del dejar vivir. Del hacer morir, puntualizado precisamente a partir de la breve referencia que hemos hecho al campo de la inmunidad, asentado en la sociedad de normalización, pues es a partir de esto que se da la aparición de un poder que toma a su cargo la vida en general constituyendo dos polos: uno en la dirección del cuerpo, otro en la dirección de la población, como plantea Foucault: se trata de un biopoder del cual podemos reconocer sustratos paradójicos en el límite extremo de su ejercicio, los cuales:

Se revelan con el poder atómico, que no es simplemente el poder de matar millones, centenares de millones de hombres, sobre la base de los derechos asignados a cada soberano. Lo que hace que, para el funcionamiento del poder político, el poder atómico sea una paradoja bastante difícil de eliminar, si no totalmente ineliminable, está en que, en el poder de fabricar y utilizar la bomba atómica, está implícita no sólo la puesta en juego del poder soberano que mata, sino de un poder que es capaz de matar la vida misma. El poder ejercido en el poder atómico es capaz de suprimir la vida. En consecuencia, de suprimirse a sí mismo como poder de asegurar la vida. De modo que, o tal poder es un poder soberano que utiliza la bomba atómica, y entonces ya no puede ser un biopoder, es decir, poder asegurar la vida como fue a partir del siglo XIX, o bien, ya no tenemos el exceso del derecho soberano sobre el biopoder, sino el exceso del biopoder sobre el derecho soberano (Foucault, Op, cit, p. 204-205).

Lo anterior aparece cuando técnica y políticamente se suministra al hombre la posibilidad, no sólo de organizar la vida, sino sobre todo, de hacer proliferar la vida, de fabricar materia viviente y seres monstruosos, de producir, en los extremos, virus incontrolables y universalmente destructores. Y como continua Foucault (Ibídem): “en esta formidable extensión del biopoder está la posibilidad de sobrepasar la soberanía humana”.

Esta expresión masiva del biopoder, exacerbada por el despliegue atómico, o por el recurso a las armas biológicas es la que ofrece la posibilidad de modificar la raza, la pregunta que articula lo anterior es la siguiente:

Si de lo que se trata es de potenciar la vida (prolongar su duración, multiplicar su probabilidad, evitar los accidentes, compensar los déficits), ¿cómo es posible que un poder de este tipo pueda matar, y exponga a la muerte no solo a sus enemigos sino a sus ciudadanos? (Foucault, Ibídem).

Dispositivo de la persona

El racismo organiza el dispositivo de la persona. Es en el campo donde lo sagrado ha sido aniquilado, donde está permitido y consensado sacar los ojos, asesinar, como formas de gobernar. El derecho en el origen es la asunción de la persona

como eje de exterminio de aquello que no sea considerado persona. Aquellos que ingresan al territorio de la persona, son desechados del campo de lo sagrado. Sin embargo, la condición que el derecho impone, es precisamente la del registro de la persona como posibilidad de reconocimiento. El acto de instauración de derecho es un acto precedido por la violencia, y es a partir del acto de violencia que se inaugura desde la desgarradura, el orden del personalismo. Personalismo que no es sin consecuencias. Como refiere Roberto Esposito:

“[...] cuanto más se trata de recortar las características inconfundibles de la persona, tanto más se determina un efecto, opuesto y especular, de despersonalización. Cuanto más se quiere imprimir el marco personal de la subjetividad, tanto más parece producirse un resultado contrario de sometimiento a un dispositivo reificante” (Esposito, 2011, p. 10).

El sometimiento a un dispositivo de control que promete la liberación viene precedido por la exigencia de personalización, el rasgo que introduce al viviente como categoría jurídica es precisamente el hecho de ser considerado persona, o no:

“Esta parábola cobra un relieve mucho mayor cuando, como sucede hoy, la referencia normativa a la noción de persona se extiende como mancha de aceite a todos los ámbitos de nuestra experiencia: desde el lenguaje jurídico, para el cual es la única que está en condiciones de darle forma al imperativo, de otro modo ineficaz, de los derechos humanos, hasta la política [...] Por lo demás, el carácter transversal –capaz de relacionar frentes ideológicos y culturales aun contrapuestos- resulta todavía más evidente en ese conjunto de discursos que hoy se reconocen en el horizonte de la bioética; por más que estén divididos en todo –en cuanto al momento en que comienza y en que termina la vida cualificada y, sobre todo, en cuanto a quién es su legítimo propietario-, laicos y católicos concuerdan acerca de la primacía ontológica de lo que es personal con respecto de lo que no lo es. Ya sea que la vida humana adquiera el estatuto de persona desde su concepción, como sostienen los católicos, o que no acceda a él sino más tarde, como argumentan los laicos, ese es el umbral simbólico a partir del cual la vida es declarada sagrada o, al menos, intangible” (Ibídem, pp. 10-11).

En el debate de las posiciones laicas o católicas, izquierdas o derechas, demócratas o republicanas, figura como centro de tensión el estatuto de la persona, ¿Cómo se crea una persona? ¿Cómo se crea el territorio que va a habitar esa persona? ¿a quién va dirigida la creación de esa persona?, básicamente irá dirigido al campo del tutelaje, será creado a partir del estudio minucioso de las condiciones políticas que se requiere reproducir en el sistema de dominio, será pensado en función de un territorio específico de usufructo, cederá su impersonalidad, es más, solicitará se le extirpe eso que no sirve, eso que no sirve para adquirir la categoría de sujeto de tutelaje: tutelado, indígena, inválido, “persona” a fin de cuentas:

“Del mismo modo en que un animal salvaje capturado es presa del cazador, así también el hijo minusválido (defective child) o el viejo con alguna enfermedad incurable está en manos de quien lo tutela, que goza legítimamente de libertad para mantenerlo con vida o abandonarlo a la muerte. Una vez más, el de persona se revela como el terrible dispositivo que, al separar la vida de sí misma, siempre puede llevarla a una zona de no distinción con su opuesto” (Ibídem, p. 32).

Separar la vida de sí misma: ese que hace vivir o deja morir, tiene una posición privilegiada dentro del dispositivo biopolítico: es el especialista, el maestro en materia. El tutor es un “experto” en la norma, experto en dictaminar los límites de separación de la vida de sí misma, es quien puede establecer el registro de la excepción, es quien puede suspender las garantías del sujeto de tutelaje, para revertir su condición de libre en función de los mecanismos que perpetúan la norma:

“[...] la norma –se podría decir- constituye en Roma el ámbito natural de despliegue de la excepción, así como la excepción expresa no tanto el exceso, o la ruptura sino el mecanismo de recarga de la norma” (Ibídem, p. 71).

El tutor biopolítico es un amante de la norma. Un sometido-sometiente a la norma. Permite dar cuenta de que precisamente, desde esta “lógica” la excepción no es exceso, es despliegue de las cualidades de recomposición de la norma. La excepcionalidad es el retorno de la exigencia de sometimiento, de personalización:

“[...] el mecanismo de personalización no era más que el reverso del de despersonalización, y viceversa. No era posible personalizar a unos sino despersonalizando, o reificando, a otros, empujando a alguien al espacio indefinido situado por

debajo de la persona. En el fondo móvil de la persona siempre se recortaba el perfil inerte de la cosa” (Ibídem, p. 73).

Volcar, revertir, para volver a poner en “orden”, la excepcionalidad es “el inconsciente” de la soberanía biopolítica, dado que precisamente ésta ejerce una serie de movimientos de desactivación del campo de la ley, para, paradójicamente hacerla cada vez más presente, es en la soberanía biopolítica donde retorna desde lo real el estatuto de la ley que reduce a la persona a su cualidad original: pura vida nuda donde la excepción es la regla y la norma la excepción. Este retorno global del discurso sobre lo étnico, sobre lo arcaico, sobre lo ancestral, no es más que la visibilización de que la excepcionalidad es la regla, y por tanto, tiene que ser suspendida, para que retorne la norma como excepción. Es creación de territorios que anuncian la necesidad de desaparición de todos aquellos elementos que desde su impersonalidad traten de afirmar su singularidad. Aquel que no se someta al campo recreado para que el dispositivo de la persona funcione, será remitido al campo de la excepcionalidad que como regla tiene que ser suspendida, suspendida la vida, suspendido lo impersonal: surgencia del territorio de la vida nuda, del sacer, como configuración de entrada como muerto al registro de la persona. Persona a la que se le rendirá culto, después de ser masacrada en calidad de, efectivamente, persona. Abuso de memoria a partir de la dimensión personalista. Nada sagrado queda, más que la resonancia impersonal, rebeldía que resiste a ser aniquilada, que aún volcada persona, insiste desde lo sagrado impersonal reducido a casi nada.

Necropolítica

A partir de lo anterior podemos mencionar: El poder soberano, vectorizado como estrategia, puede suspender los derechos y declarar, desde una misma lógica de derecho, un estado de excepción. El poder sin embargo adquiere también un efecto de táctica: la táctica no recae sobre los cuerpos, sino sobre el armado de las posibilidades de emplazamiento.

Como lo plantea López Petit (2015, p. 11):

“El poder es poder matar, y quien puede hacerlo, tiene el poder. Esta verdad simple, y a la vez esencial, ha sido siempre escondida porque es profundamente desestabilizadora. La «legitimación del poder» consiste, precisamente, en inventar una justificación que permita enterrarla. La religión o la filosofía política lo han hecho apelando a Dios, a la sociedad o al transcendental que en cada momento fuera más conveniente. Sin embargo, ha sido desde el interior del propio poder de donde ha surgido, posiblemente, la coartada más inesperada. Sucedió en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando el antiguo Derecho de soberanía se abrió a un acercamiento a la vida con la excusa de protegerla. Fue así como el poder se vistió de biopoder, y decidió que no bastaba con disciplinar los cuerpos uno a uno, sino que había que regular un cuerpo que poseía innumerables cabezas, es decir, la población entera”.

Plasticidad discursiva que operan modelamiento de carne y subjetividad. Maleabilidad de la carne. La reducción del cuerpo al estatuto de la pura vida nuda. La condición biopolítica implica “hacer vivir” a “cómo dé lugar”. Las condiciones de aparición del cuerpo en el régimen de la biopolítica se ligan a La dimensión del gobierno de los otros, de los otros cuerpos, dimensión política inscrita históricamente como la posibilidad de que el “proyecto humano” avance, esto se muestra como irremediabilmente vinculado al campo de los discursos y racionalidades médico-biológicas y psicológicas de administración de la vida y control de la mortalidad de los pueblos.

Discurso político, que se articula desde la racionalidad médica y psicológica provocando efectos directos en los cuerpos de los gobernados. Tecnologías del yo, sumadas al proyecto anatómico de la ciencia médica (avalada por el proyecto genoma, es decir, modificar la vida en su dimensión fundamental microscópica, influir sobre el mapa genómico, para dar cuenta de que los territorios subsecuentes también son susceptibles de ser modificados desde lo más “profundo” de su anatomía).

El control del mapa, desde los territorios de las tecnologías del yo o desde las tecnologías moleculares del yo (genética), plantean la preocupación fundamental del proyecto científico universitario de la actualidad: que nada del campo de la vida y de la muerte queden fuera de sus dispositivos, de sus máquinas de hacer hablar, hacer escuchar, hacer oler, hacer coger. Alegoría biopolítica: que todo con la vida vaya bien. Que la eternidad se muestre como posibilidad tangible, inmediata.

“Esta nueva tecnología del poder que Foucault llamó biopolítica estataliza la vida para poder optimizarla, y se autopresenta bajo un rostro más humano. Estadísticas, previsiones, mecanismos de regulación y de seguridad son las herramientas empleadas para gestionar cualquier amenaza imprevisible dirigida contra la población. El soberano «hacía morir o dejaba vivir», la biopolítica, en cambio, interviene para hacer vivir” (Ibídem).

La búsqueda de sistemas de lectura cada vez más eficaces para el descifrado de la complejidad de la vida, son dirigidas a hallar series más potentes y sofisticadas de interpretación del campo, del reducto de la vida, el cual cada vez muestra menos complicaciones para develar sus “misterios”. Los nuevos genomistas suceden históricamente a aquellos exegetas de los textos sagrados. La vida se muestra descarnada y básica. No hay misterio, sólo posibilidad de modificación. De la religión al genoma, y teniendo a ambos actuando al mismo tiempo, es indudable que los conflictos bélicos se recrudecen, dado que lo que está en disputa es el cuerpo que da asiento a la interpretación de la vida y la muerte.

Tanto la ciencia genómica como el proyecto de las tecnologías del yo tienen en común un punto a desarrollar hasta el hartazgo: la modificación.

Sean mapas genómicos o mapas mentales. La geografía del cuerpo ha sido mostrada tal cual es. El gobierno de los hombres requiere de racionalidades gubernamentales: lo reclama la academia, el clero, el culto generalizado hacia la libertad. Recordemos que la libertad en el campo del neoliberalismo es “libertad” de circulación de mercancía, de capitales. La libertad, es libertad de “propiedad”, de

consumo, eres libre, libre de consumir: conocimiento, discursos, gadgets, propaganda, muerte, etc.

El soberano se infiltra como el referente liberador. Dios regresa cargado de necropolítica, biopolítica, tecnologías del yo. El control se recrudece. La biopolítica irrumpe entonces desde el imaginario colectivo como un saber que pretende ejercer dominio sobre lo real

Plantea Agamben (2003, p. 12):

“el paso del «Estado territorial» al «Estado de población» y el consiguiente aumento vertiginosos de la importancia de la vida biológica y de la salud como problema específico del poder soberano, que ahora se transforma de manera progresiva en «gobierno de los hombres» (Foucault, 1979) «El resultado de ello es una suerte de animalización del hombre llevada a cabo por medio de las más refinadas técnicas políticas. Aparecen entonces en la historia tanto en la multiplicación de las ciencias humanas y sociales, como la simultánea posibilidad de proteger y de autorizar su holocausto.» En particular, el desarrollo y el triunfo del capitalismo no habrían sido posibles, en esta perspectiva, sin el control disciplinario llevado a cabo por el nuevo bio-poder que ha creado, por así decirlo, a través de tecnologías adecuadas, los «cuerpos dóciles» que le eran necesarios”.

El lugar del saber es ocupado por aquel que esté dispuesto a ordenar el mapa geográfico, ideológico, político. Los discursos de biopoder dan un viraje brusco al campo de nuda vida, hacen margen con la muerte, y la presentan como la salida económicamente más redituable. El desplazado, el supliciado, figuras de la exclusión incluidas en el discurso del anatomopoliticon al que no escapa nada, son ejemplos de esta redituable salida. Esta protopolítica es la necropolítica de hoy que renueva el ayer de manera exquisita, haciendo del crimen su garantía de soberanía. Referencia al “hoy” como el aquí y ahora promulgado por el american way of life. El bios es lo “por administrar”, la vida entonces es una empresa de muerte.

El cuerpo adquiere entonces la característica de ser pura vida nuda: la nuda vida como ese conjunto de prerrogativas que se adjudica el propietario de los cuerpos, mediante uso, abuso, desuso, del cuerpo que como cosa le pertenece. Es a partir de esta cuestión que el cuerpo comienza a hacer ese pasaje al registro de la necropolítica. La necropolítica funciona a partir del establecimiento del cuerpo como pura nuda propiedad, como pura nuda vida, para pensar no el reverso, sino uno de los registros, además del biopolítico, que permiten dar cuenta de la preocupación por la vida y su correlato “la muerte” en las lógicas actuales de dominio de los cuerpos: la otra cara del «hacer vivir» es el terrible «dejar morir», aunque este aspecto permanecía en un segundo plano en el registro del análisis de la biopolítica. Este registro de la exposición a la muerte se vectoriza de manera brutal en el ejercicio necropolítico. Si la problemática biopolítica gira alrededor, entre otras cosas, de la pregunta por ¿cómo hacer vivir? Con el correlato ¿a quién hacer morir? Lo que la necropolítica va a representar son las maneras en las que el hacer morir y el ¿a quién hacer vivir? se muestran como ejes de las comunidades de los sacrificables que van a organizarse a partir de los dispositivos del poder como administradores de las condiciones de vida y administración de las muertes. Los censos, las masacres, las hambrunas, otorgarán el dato frío y la realidad miserable que son parte de este cruce entre biopolítica y necropolítica. El racismo extiende sus brazos y mueve sus falanges para establecer las condiciones de la lógica de la desaparición, de la estética de la aniquilación como condiciones inmunitarias del hacer vivir y el hacer morir. López Petit (Op. cit., p. 13) nos referirá asimismo: “desde la perspectiva del biopoder, la muerte aparentemente desaparecía de la esfera política y casi se transformaba en un asunto privado. Pero el abrazo del poder a la vida tiene mucho de engaño, y en ese «tomarla a su cargo» no se puede ocultar la asimetría que existe: la intervención sobre la vida presupone y requiere poder matar. Con lo que, finalmente, se desvela la verdad de la biopolítica. La biopolítica es, en ella misma *necropolítica*, es decir, una política *de y con* la muerte”.

Es importante plantear, en relación a lo anterior lo que Achille Mbembe (2011) muestra en sus reflexiones sobre éste registro específico: que la política neoliberal consiste en una necropolítica cuyo objetivo declarado es acabar con los excluidos. Regulación de la población, pensada desde una pura inercia necrológica. Para sostener la vida de los elegidos por el dispositivo de la normalidad, es necesario sacrificar al anormal. Decir sacrificio es demasiado, puesto que si algo caracteriza al hacer morir necropolítico, es la ausencia de lo sacro de la puesta en acto ritual de la muerte. Lo que se planta frente a nuestros ojos es la pura muerte, la nuda muerte, condensada en la figura de la ejecución. Ejecución como el movimiento más representativo de la necropolítica, esa política de y con la muerte. El cuerpo abyecto como el retorno de lo que nunca se ha ido, el racismo y la inmunidad como correlato del armado de las sociedades bio-necropolíticas.

Parece entonces que la modalidad de comunidad establecida a nivel global es la del fundamentalismo racista, de raíz inmunitaria.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, Giorgio. (2003). Homo Sacer. El poder soberano y la vida nuda I. Pre-textos, Valencia.
- Esposito, Roberto. (2011). El dispositivo de la persona. Amorrortu, Buenos Aires.
- Esposito, Roberto. (2005). Inmunitas. Amorrortu, Buenos Aires.
- Esposito, Roberto. (2009). Comunidad, inmunidad y biopolítica, Herder, España.
- Foucault, Michel. (2008). Genealogía del racismo. Altamira, Argentina.
- Freud, Sigmund. (2006). Lo ominoso, OC T XVIII, Amorrortu, Buenos Aires.
- López Petit, Santiago. (2015). Prólogo al libro "De la necropolítica neoliberal a la empatía radical. Violencia discreta, cuerpos excluidos y repolitización" de Clara Valverde, Icaria, España 2015.
- Mbembe, Achille. (2011). Necropolítica, Melusina, España.